

Este es, probalelmente,
el mejor cuento de terror
jamás escrito



¿Te atreverías a comprarlo
sin saber su título
mí su autor?

LA PATA DE MONO

W.W. JACOBS



Autor: *William Wymark Jacobs* 1863-1943

Título original: *The Monkey's Paw. La pata de mono*

Editor: Ángel Aguado Cañamares

Impresor:

Cuenca, 2025

Depósito Legal: D.L. CU 68-2025

ISBN: 978-84-09-70387-6

© Todos los derechos reservados del Prólogo (Ángel Aguado Cañamares)

©Antilambda. www.antilambda.es

ÍNDICE

PRÓLOGO

I 13

II 21

III 25

Para Julio, por todo...

No se desea lo que no se imagina

ANAÏS NIN, Casandra

PRÓLOGO

Hay historias que se cuentan a la luz de una vela, en susurros, como si el solo hecho de pronunciarlas pudiera invocar algo oscuro.

Otras, en cambio, se escriben con la ironía de quien comprende que el verdadero miedo no reside en los monstruos, sino en los deseos más profundos del ser humano.

La pata de mono, de William Wymer Jacobs, es una de esas historias: una advertencia disfrazada de cuento, una fábula macabra que nos recuerda que todo deseo conlleva un precio.

Lo curioso es que Jacobs, antes de sumergirse en las sombras del terror, fue un autor conocido por sus relatos cómicos, llenos de situaciones triviales y personajes pintorescos. Y, sin embargo, fue esta pequeña historia de horror la que le inmortalizó.

Publicada por primera vez en 1902, *La pata de mono* se convirtió rápidamente en un referente del género, inspirando innumerables versiones, adaptaciones e imitaciones.

Sin embargo, nada iguala la inquietud que provoca leer el relato original. La sencillez de su premisa es, ciertamente, un pilar fundamental del relato.

Lo que parece una oportunidad se convierte en una condena, y el lector, al igual que los personajes, no puede escapar de la sensación de que, en el fondo, quizá nunca hubo una elección real. A lo largo de los años esta historia ha sido leída en reuniones familiares, en noches de tormenta y en soledad absoluta, siempre dejando la misma sensación de desasosiego e incertidumbre.

¿Cuántas veces hemos deseado algo sin pensar en las consecuencias?
¿Cuántas veces hemos anhelado cambiar nuestro destino, solo para descubrir que el destino no se deja domesticar tan fácilmente?

Tener este cuento en las manos es más que una simple lectura, es un recordatorio de que el azar es caprichoso, de que el destino rara vez concede favores gratuitos y, sobre todo, de que algunas historias no envejecen, porque hablan de los miedos más antiguos de la humanidad.

Así que, ahora, mientras sostienes este pequeño cuento entre tus manos, pregúntate: ¿me atrevería a pedir un deseo por muy temerario que fuera este?

W. W. Jacobs: el humorista que nos hizo temblar con un solo cuento

William Wyndham Jacobs (1863-1943) es uno de esos escritores que la historia literaria guarda en un cajón etiquetado como «sorpresas inesperadas».

Aunque su nombre quedó grabado en la memoria literaria gracias a *La pata de mono*, este escalofriante relato de terror ha provocado muchas conversaciones desde su publicación en 1902.

Lo curioso es que Jacobs no era, ni de lejos, un autor especializado en historias de miedo. De hecho, si alguien le hubiera dicho que sería recordado por un cuento de terror, probablemente habría soltado una carcajada. Y no sería raro, porque Jacobs era, ante todo, un humorista.

Criado en el ambiente portuario de Wapping, Londres, Jacobs creció rodeado de marineros, historias saladas y anécdotas de las vidas en alta mar.

Este entorno inspiró gran parte de su obra, que se caracteriza por relatos marítimos cargados de ironía y un humor sutil, protagonizados por personajes pícaros y situaciones cómicas.

Sus cuentos solían explorar las pequeñas tragedias cotidianas con una sonrisa torcida, más inclinados a provocar una risa cómplice que un grito de horror.

Entonces, ¿cómo es que *La pata de mono* se convirtió en un clásico del terror? Tal vez porque Jacobs entendía algo fundamental: el miedo y el

humor son dos caras de la misma moneda. Ambos juegan con la tensión, el ritmo y la sorpresa. En *La pata de mono* Jacobs aplicó su maestría para construir situaciones inesperadas, solo que esta vez, en vez de hilaridad, el golpe final provoca un vacío en el estómago.

Este relato destila una oscuridad que contrasta de forma fascinante con el resto de su obra, siendo una anomalía brillante en su carrera literaria. Como si el autor hubiera decidido por un momento mostrar que sabía hacer temblar a sus lectores tan bien como hacerlos reír.

Jacobs vivió una vida tranquila, alejado de los focos, sin el dramatismo de los autores atormentados que suelen poblar el género de terror. Tal vez por eso *La pata de mono* es tan efectiva: detrás de esa atmósfera opresiva y ese destino inevitable, no hay un autor obsesionado con lo macabro, sino alguien que entendía, con precisión quirúrgica, cómo contar una historia que no se olvidara.

Y lo logró...

Con un solo cuento.

LA PATA DE MONO

La noche era fría y húmeda, pero en la pequeña casa de *Laburnum Villa* los postigos estaban cerrados y el fuego ardía vivamente. Padre e hijo jugaban al ajedrez.

El primero tenía ideas personales sobre el juego y ponía al rey en tan desesperados e inútiles peligros que provocaba el comentario bromista de su esposa, una señora mayor que tejía tranquilamente junto a la chimenea.

—Escuchen el viento —dijo el señor White, al ver que había cometido un error fatal y trataba de que su hijo no lo advirtiera.

—Lo escucho —dijo este, moviendo con seguridad la pieza de la reina—. Jaque.

—No creo que venga esta noche —dijo el padre con la mano sobre el tablero.

—Mate —contestó el hijo.

—Esto es lo peor de vivir tan lejos —se quejó el señor White con imprevista y repentina violencia—. De todos los suburbios, este es el peor. El camino es un pantano.

No sé en qué piensan las autoridades. Como hay solo dos casas en la calle, no les importa.

—No te aflijas, querido —dijo suavemente su mujer—, ganarás la próxima vez.

El señor White alzó la vista y descubrió una mirada de complicidad entre madre e hijo. Las palabras murieron en sus labios y disimuló un gesto de fastidio en su fina barba gris...

—Ahí viene —dijo el joven Herbert White al oír el golpe del portón y unos pasos que se acercaban.

Su padre se levantó con apresurada hospitalidad, abrió la puerta y le oyeron cómo se compadecía del visitante por haber caminado en el frío.

Luego, entraron. El forastero era un hombre fornido, con los ojos brillantes y la cara rojiza.

—El sargento Morris —dijo el señor White, presentándolo.

El sargento les estrechó la mano, tomó asiento y observó con satisfacción que el dueño de la casa traía whisky y unos vasos y ponía una pequeña tetera sobre el fuego.

Al tercer vaso le brillaron los ojos y empezó a hablar. La familia observaba con interés a ese forastero que hablaba de guerras, de epidemias y de pueblos extraños.

—Hace veintiún años —dijo el señor White sonriendo a su mujer y a su hijo—. Cuando se fue era apenas un muchacho. Mírenlo ahora.

—No parece haberle sentado tan mal —dijo la señora White amablemente.

—También me gustaría ir a la India —dijo el señor White—, solamente para echar un vistazo.

—Mejor quedarse aquí —replicó el sargento moviendo la cabeza. Dejó el vaso y, suspirando levemente, volvió a sacudir la cabeza.

—Me gustaría ver esos viejos templos, a faquires y a malabaristas —dijo el señor White—. ¿Qué fue, Morris, lo que usted empezó a contarme el otro día de una pata de mono o algo así?

—Nada, una tontería —contestó el soldado apresuradamente—. Nada que valga la pena oír.

—¿Una pata de mono? —preguntó la señora White.

—Bueno, es algo así como magia, —dijo con desgana el militar.

Sus tres oyentes lo miraron con expectación. Distraídamente, el forastero llevó la copa vacía a los labios y volvió a dejarla. El dueño de la casa la llenó de nuevo.

—A primera vista, no es más que una pequeña pata momificada que no tiene nada de particular —dijo el sargento mostrando algo que sacó del bolsillo.

La señora retrocedió con una ligera mueca de asco. El hijo tomó la pata de mono y la examinó con atención...

—¿Y qué tiene de extraordinario? —preguntó el señor White, quitándosela a su hijo para mirarla.

—Un viejo faquir le dio poderes mágicos —dijo el sargento mayor—.

Un hombre muy santo... Quería demostrar que el destino gobierna la vida de los hombres y que nadie puede oponerse impunemente a sus designios. Le dio este poder: tres hombres pueden pedirle tres deseos.

Habló tan seriamente que los otros sintieron que sus risas desentonaban con el ambiente.

—Y usted, ¿por qué no pide las tres cosas? —preguntó con audacia Herbert White.

El sargento lo miró con tolerancia, como los adultos miran a los jóvenes impetuosos.

—Las he pedido—dijo, y su rostro curtido palideció.

—¿Realmente se cumplieron los tres deseos? —preguntó la señora White.

—Se cumplieron —dijo el sargento.

—¿Y nadie más pidió deseos? —insistió la señora.

—Sí, un hombre. No sé cuáles fueron los dos primeros deseos que pidió, pero el tercero fue la muerte. Por eso tengo conmigo la pata...

Habló con tanta gravedad que el resto de presentes se quedaron callados.

—Morris, si ya obtuvo sus tres deseos, no le sirve el talismán —dijo, finalmente, el señor White—. ¿Para qué lo guarda?

El sargento negó con la cabeza.

—Probablemente he tenido alguna vez la idea de venderlo, pero creo que no lo haré. Ya ha causado bastantes desgracias. Además, la gente no quiere comprarlo. Algunos piensan que es un cuento de hadas; otros quieren probarlo primero y pagarme después.

—Y si a usted le concedieran tres deseos más —dijo el señor White—, ¿los pediría?

—No sé —contestó el sargento—. No sé.

Tomó la pata de mono, la agitó entre el pulgar y el índice y la tiró al fuego. White la recogió.

—Es mejor que se queme —dijo con solemnidad el sargento.

—Si usted no la quiere, Morris, démela.

—No quiero —respondió terminantemente—. La tiré al fuego. Si la guarda, no me eche la culpa de lo que pueda suceder.

Sea razonable, tírela al fuego...

El otro sacudió la cabeza y examinó su nueva adquisición. Preguntó:

—¿Cómo se usa la pata?

—Hay que tenerla en la mano derecha y pedir los deseos en voz alta. Pero le prevengo de que debe temer las consecuencias.

—Parece de *Las mil y una noches* —dijo la señora White, mientras se levantaba para preparar la mesa—. ¿No le parece que podría pedir otro par de manos para mí?

El señor White sacó del bolsillo el talismán y los tres se rieron al ver la expresión de alarma del sargento.

—Si está dispuesto a pedir algo —dijo agarrando el brazo de White— pida algo razonable.

El señor White guardó en el bolsillo la pata de mono e invitó a Morris a sentarse a la mesa.

Durante la comida el talismán fue, en cierto modo, olvidado.

Embelesados, escucharon la segunda parte de las aventuras del sargento...

—Si en el cuento de la pata de mono hay tanta verdad como en el resto de sus historias, no conseguiremos gran cosa —dijo Herbert cuando el

forastero cerró la puerta y se alejó con prisa para alcanzar el último tren.

—¿Le diste algo a cambio? —preguntó la señora mirando atentamente a su marido.

—Unas cuantas monedas —contestó el señor White, ruborizándose levemente—. No quería aceptarlas, pero le obligué. Me insistió de nuevo en que tirara el talismán.

—¡Qué miedo! —dijo Herbert, con fingido horror—, seremos felices, ricos y famosos. Para empezar, padre, tienes que pedir un imperio, así no estarás dominado por tu esposa.

El señor White sacó del bolsillo la pata de mono y la examinó con perplejidad.

—No se me ocurre nada para pedirle —dijo con lentitud—. Me parece que ya tengo todo lo que deseo.

—Si cancelaras la hipoteca de la casa serías feliz, ¿no es cierto? —dijo Herbert poniéndole la mano sobre el hombro—. Bastará con que pidas doscientas libras.

El padre sonrió avergonzado de su propia credulidad y levantó el talismán. Herbert puso una cara solemne, hizo un guiño a su madre y se sentó al piano.

—Deseo doscientas libras —pronunció el señor White.
Un gran estrépito del piano contestó a sus palabras.

El señor White dio un grito. Su mujer y su hijo corrieron hacia él.

—¡Se ha movido! —dijo, mirando con desagrado el objeto, que ahora estaba en el suelo—. Se retorció en mi mano como una serpiente.

—Pero yo no veo el dinero —observó el hijo, recogiendo el talismán y poniéndolo sobre la mesa—. Apostaría que nunca lo veré.

—Habrá sido tu imaginación, querido —dijo la mujer, mirándolo ansiosamente.

Él sacudió la cabeza.

—No importa. No ha sido nada. Pero sí que me dio un gran susto.

Se sentaron junto al fuego y los dos hombres acabaron de fumar sus pipas. El viento era más fuerte que nunca. El señor White se sobresaltó cuando oyó un golpe que venía del piso de arriba. Un silencio inusual y deprimente los envolvió hasta que se levantaron para ir a acostarse.

—Se me ocurre que encontrarás el dinero en una gran bolsa, en medio de la cama —dijo Herbert al darles las buenas noches—. Una aparición horrible agazapada encima del ropero te acechará cuando estés guardando tus ganancias ilegítimas.

Ya solo, el señor White se sentó en la oscuridad y miró las brasas. Y vio caras en ellas. La última era tan simiesca, tan horrible, que la contempló con asombro. Se rio, molesto, y buscó en la mesa su vaso de agua para echárselo encima y apagar las brasas. Sin querer tocó la pata de mono. Se estremeció, limpió su mano en el abrigo y subió a su habitación.

II

.....

A la mañana siguiente, mientras tomaba el desayuno en la claridad del sol invernal, el señor White se rio de sus temores. En el cuarto había un ambiente saludable que faltaba la noche anterior, y esa pata de mono arrugada y sucia, tirada sobre el aparador, no parecía tan terrible.

—Todos los viejos militares son iguales —dijo la señora White—. ¡Qué idea la nuestra escuchar esas tonterías! ¿Cómo puede creerse en talismanes en esta época? Y si consiguieras las doscientas libras, ¿qué daño podría hacerte?

—Pueden caer de arriba y lastimarte la cabeza —dijo Herbert, entrando en la sala.

—Según Morris, las cosas ocurrían con tanta naturalidad que parecían coincidencias —dijo el padre.

—Bueno, no vayas a encontrarte con el dinero antes de mi vuelta —dijo Herbert, levantándose de la mesa—. No sea que te conviertas en un avaro y tengamos que repudiarte.

La madre se rio, lo acompañó hasta afuera y lo vio alejarse por el camino. De vuelta a la mesa del comedor, se burló de la credulidad del marido.

Sin embargo, cuando el cartero llamó por la tarde a la puerta, salió

corriendo a abrirla. Pero, al ver que el correo traía la factura del sastre, se refirió con cierto malhumor a los militares fantasiosos.

—Me parece que Herbert tendrá más material para sus bromas —dijo al sentarse.

—Sin duda —dijo el señor White—. Pero, a pesar de todo, la pata se movió en mi mano. Puedo jurarlo.

—Habrá sido en tu imaginación —dijo la señora suavemente.

—Se movió, estoy seguro. Yo no estaba sugestionado. Era... ¿Qué sucede?

Su mujer no le contestó. Observaba los misteriosos movimientos de un hombre que rondaba la casa y no se decidía a entrar. Notó que el hombre estaba bien vestido y que tenía una galera nueva y reluciente. Pensó en las doscientas libras. El hombre se detuvo tres veces en el portón antes de decidirse a llamar.

Apresuradamente, la señora White se quitó el delantal y lo escondió debajo del almohadón de la silla.

Hizo pasar al desconocido, que parecía incómodo. La miraba furtivamente, mientras ella le pedía disculpas por el desorden que había en el cuarto y por el abrigo del marido. La señora esperó cortésmente que les dijera el motivo de la visita, pero el desconocido estuvo un buen rato en silencio.

—Vengo de parte de *Maw & Meggins* —dijo por fin.

La señora White tuvo un sobresalto.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Le ha sucedido algo a Herbert?

Su marido se interpuso.

—Espera, querida. No adelantes ideas. ¿Supongo que usted no trae malas noticias, verdad, señor?

—Lo siento... —empezó el otro.

—¿Está herido? —preguntó enloquecida la madre.

El hombre asintió.

—Malherido —dijo pausadamente—. Pero ya no sufre.

—¡Oh, gracias a Dios! —dijo la señora White, juntando las manos—. Gracias a Dios...

Bruscamente comprendió el sentido siniestro que había en aquella afirmación. Vio la confirmación de sus temores en la cara perdida del hombre. Retuvo la respiración, miró a su marido, que parecía no comprender, y le tomó la mano de manera temblorosa. Hubo un largo silencio.

—Quedó atrapado en las máquinas —dijo en voz baja el visitante.

—Atrapado en las máquinas —repitió aturdido el señor White.

Se sentó despacio, mirando fijamente por la ventana. Tomó la mano de su mujer y la apretó en la suya, como en sus viejos tiempos de enamorados.

—Era el único que nos quedaba —le dijo al visitante—.

Es duro. El otro se levantó y se acercó a la ventana.

—La compañía me ha encargado que le exprese sus condolencias por esta gran pérdida —dijo, sin darse la vuelta—. Le ruego que comprenda que soy tan solo un empleado y que obedezco las órdenes que me dieron.

No hubo respuesta. La cara de la señora White estaba pálida.

—Se me ha encargado para comunicarles que niegan toda responsabilidad en el accidente —prosiguió el otro—. Pero, en consideración a los servicios prestados por su hijo, desean compensarles con una suma de dinero.

El señor White soltó la mano de su mujer y, levantándose, miró con terror al visitante. Sus labios secos pronunciaron la palabra:

—¿Cuánto?

—Doscientas libras —fue la respuesta.

Sin oír el grito de su mujer, el señor White sonrió levemente, extendió los brazos como un ciego y se desplomó en el suelo, desmayado.

III

.....

En el cementerio nuevo, a unas dos millas de distancia de su casa de *Villa Laburnum*, marido y mujer dieron sepultura a su hijo y volvieron a la casa sumidos entre sombras y silencio.

Todo había ocurrido tan rápido que al principio casi no lo entendieron y quedaron sumidos en una especie de trance, esperando que algo les aliviara el dolor. Pero los días pasaron y la expectativa se transformó en resignación, esa desesperada resignación de los viejos que algunos llaman apatía. Pocas veces hablaban, porque no tenían nada que decirse, y sus días eran interminables hasta el hartazgo.

Una semana después, el señor White, despertándose bruscamente en la noche, estiró la mano en el colchón y se encontró solo.

La habitación estaba a oscuras y de la ventana llegaba un llanto contenido, ahogado... Se incorporó en la cama para escuchar.

—Vuelve a acostarte —dijo tiernamente—. Vas a coger frío.

—Mi hijo tiene más frío —dijo la señora White y volvió a llorar.

Los sollozos se desvanecieron en los oídos del señor White, cuyos ojos se apagaban de sueño. Un despavorido grito de su mujer lo despertó.

—¡La pata de mono! —gritaba desesperadamente—, ¡la pata de mono!
El señor White se incorporó alarmado.

—¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Qué sucede?

Ella se acercó a él cruzando la habitación:

—La necesito. ¿No la has destruido?

—Está en la sala, sobre la repisa —contestó asombrado—. ¿Por qué la quieres?

Llorando y riendo se inclinó para besarle, y le dijo histéricamente:

—Solo ahora se me ha ocurrido... ¿Por qué no se me ocurrió antes? ¿Por qué no se te ocurrió a ti pensarlo?

—¿Pensar en qué? —preguntó él.

—En los otros dos deseos —respondió enseguida—. ¡Solo hemos pedido uno!

—¿Y no fue bastante?

—No —gritó ella triunfante—. Le pediremos otro más. Búscala pronto y pide que nuestro hijo vuelva a la vida.

El hombre se sentó en la cama, temblando.

—¡Dios mío, estás loca!—gritó, atónito.

—Date prisa y búscala —jadeó su esposa—. ¡Mi hijo, mi hijo!

El hombre encendió una vela.

—Vuelve a acostarte. No sabes lo que estás diciendo.

—Nuestro primer deseo se cumplió. ¿Por qué no el segundo?

—Fue una coincidencia.

—Búscala y pide mi deseo —gritó con exaltación su mujer.

El marido se volvió y, con voz temblorosa, dijo:

—Hace diez días que está muerto y, además..., no quería decírtelo, pero lo reconocí solo por su ropa. Si ya entonces era demasiado horrible para que lo vieras, entonces ahora...

—¡Tráeme de vuelta a mi hijo! —gritó la mujer, arrastrándolo hacia la puerta—. ¿Crees que temo al niño que he criado?

El señor White bajó en la oscuridad, entró en la sala y se acercó a la repisa de la chimenea.

El talismán estaba en su lugar. Tuvo miedo de que el deseo todavía no formulado trajera a su hijo hecho pedazos, mutilado, antes de que él pudiera escaparse del cuarto.

Perdió la orientación. No encontraba la puerta. Tanteó alrededor de la mesa y a lo largo de la pared y de pronto se encontró en el zaguán, con el maligno objeto en la mano y frente a la puerta de la habitación.

Cuando entró en el dormitorio, hasta la cara de su mujer le pareció cambiada. Estaba ansiosa y blanca, y tenía algo antinatural en su gesto. Le tuvo miedo.

—¡Pídelo! —gritó ella con violencia.

—Es absurdo y perverso —balbuceó él.

—Pídelo —repitió la mujer.

El hombre levantó la mano derecha:

—Deseo que mi hijo viva de nuevo.

El talismán cayó al suelo y el señor White lo miró con terror. Luego, temblando, se dejó caer en una silla mientras su esposa, con ojos delirantes, se acercó a la ventana y levantó la cortina.

El hombre no se movió de allí, hasta que el frío del alba le traspasó.

A veces miraba a su mujer, que seguía frente a la ventana. La vela se había consumido hasta casi apagarse. Proyectaba en las paredes y el techo sombras vacilantes.

Con un inexplicable alivio ante el fracaso del talismán, el hombre volvió a la cama.

Un minuto después, la mujer, apática y silenciosa, se acostó a su lado. No hablaron. Escuchaban el latido del reloj. Crujió un escalón de la escalera. La oscuridad era opresiva y, tras armarse de valor, el señor

White encendió un fósforo y bajó a buscar una vela.

Al pie de la escalera el fósforo se apagó. El señor White se detuvo para encender otro. Simultáneamente resonó un golpe furtivo, casi imperceptible, en la puerta de entrada.

Los fósforos se le cayeron de la mano. Permaneció inmóvil, sin respirar, hasta que se repitió el golpe. Entonces huyó a su cuarto y cerró la puerta. Se oyó un tercer golpe.

—¿Qué es eso? —gritó la mujer.

—Un ratón —dijo el hombre—. Un ratón. Se me cruzó en la escalera.

La mujer se incorporó. Un fuerte golpe retumbó en toda la casa.

—¡Es Herbert! ¡Es Herbert! —La señora White corrió hacia la puerta, pero su marido la alcanzó y la cerró el paso.

—¿Qué vas a hacer? —dijo con voz ahogada.

—¡Es mi hijo, es Herbert! —gritó la mujer, luchando para que la soltara—. Me había olvidado de que el cementerio está a dos millas de aquí. Suéltame. Tengo que abrir la puerta.

—Por el amor de Dios, no le dejes entrar —dijo el hombre, temblando.

—¿Tienes miedo de tu propio hijo? —se quejó ella—. ¡Suéltame! Ya voy, Herbert, ya voy.

Hubo dos golpes más. La mujer logró zafarse y salió corriendo del cuarto. El hombre la siguió y la llamó, suplicante, mientras ella bajaba la escalera.

Oyó el ruido del cerrojo del piso de abajo y cómo salía lentamente del encaje. Luego, la voz de la mujer, anhelante y con jadeos, dijo:

—El cerrojo. No puedo alcanzarlo. Tienes que bajar.

Pero su marido, arrodillado, tanteaba el piso buscando la pata de mono. Quería encontrarla antes de que esa cosa entrara...

Los golpes volvieron a resonar en toda la casa. El señor White oyó cómo su mujer acercaba una silla para apoyarla en la puerta.

Oyó el ruido del cerrojo retrocediendo...

En el mismo instante encontró la pata de mono y, de manera frenética, balbuceó su tercer y último deseo.

Los golpes cesaron de pronto, aunque los ecos resonaban aún en la casa.

Oyó que retiraban la silla y que se abría la puerta. Un viento helado subió por la escalera, y un largo y desconsolado gemido de su esposa le dio valor para salir corriendo hacia ella y, luego, hasta el portón.

El farol de enfrente iluminaba un camino tranquilo y desierto.

